

17 Marzo 1993

Querido Diego:

Mis dos primeras semanas en Turquía no han sido fáciles. El país está barrido. El terremoto lo ha arrasado prácticamente todo. Me derrumbo al coger en brazos a un niño al que han amputado las piernas, pero también le han sido amputados los padres, incluso la infancia. Por eso no me arrepiento de haberme embarcado en este proyecto, me siento más realizada que nunca. Sé que a ese pequeño no podré devolverle sus piernas, ni sus padres, ni mucho menos su infancia. Él a cambio me regala esa sonrisa de agradecimiento que en raras ocasiones sale a flote en este mar de angustia. Quizá sea demasiado pequeño para comprender lo que ha sucedido pero pronto se dará cuenta de que sus padres no estarán nunca más a su lado, de que no puede andar como los demás niños. Mucho más tarde sabrá que su infancia no habrá existido.

Sé que esta marcha precipitada no la esperabas. No llevamos ni medio año viviendo juntos y estamos pasando por una felicidad casi absoluta. Pero esa tarde cuando encendí el televisor y vi todo aquello, esa plaga de impotencia y lágrimas, tuve una sensación totalmente nueva. No era compasión sino dolor. No era pena sino necesidad de ayudar. Dos noches sin poder dormir me hicieron decidirme a acudir a esta ONG. Como sabes, a la semana siguiente estaba en Turquía, con las piernas algo más cansadas y el corazón algo más grande.

Aceptaste mi noticia con respeto y admiración pero considerándola una locura. Posiblemente lo sea pero me veía en la necesidad de hacerlo. Esta separación artificial es dura para ambos, pero en un mes volveré a estar a tu lado. Volverán nuestros abrazos, nuestros paseos, ese matinal olor a tostadas a tu lado, esas guerras de almohadas (en las que siempre gano)... Todo volverá a ser como antes.

Ya que no puedo estar a tu lado te mando esta pequeña caja de madera. Me la regaló el pequeño al que el terremoto ha mutilado los sueños. Dice que contiene unos duendes que te ayudan en los malos momentos. Cuando éstos vengan has de abrir la caja con cuidado para que un pequeño duende salga en tu ayuda. Una vez que te haya ayudado has de regalársela a alguien en señal de agradecimiento. Él me dijo que la noche del terremoto abrió la cajita y el duende hizo que yo fuera en su ayuda. Quizá al ver la noticia fuera el duende el que no me dejara dormir. Esta revelación del pequeño ha sido lo único que me ha hecho llorar aquí. Estoy siendo muy fuerte pero ante esto no pude contenerme.

Espero que en tu rutina y en tu corazón me tengas más presente que nunca. Desde un país desolado, te quiere:

Beatriz

Cadena Ser, servicios informativos. Hola buenas tardes, son las cuatro, las tres en la comunidad canaria. Turquía vuelve a temblar. Hace apenas una hora ha comenzado un intenso terremoto en el país turco. Parece que las consecuencias pueden ser importantes. Fuentes cercanas a la Cadena Ser adelantan que es muy probable la presencia de voluntarios españoles en la región afectada. Les mantendremos informados en cuanto recojamos más datos. Mientras tanto en nuestro país..."

El vuelco al corazón se acentúa al sonar el teléfono.

- "¿Diga?"
- "Buenas tardes. ¿Es Usted el esposo de Beatriz Barroso?"
- "Sí, ¿Qué sucede?"
- "Soy Ramón Sánchez, embajador español en Turquía. Tengo el doloroso deber de comunicarle que Beatriz ha fallecido en el terremoto"

Dos meses más tarde comenzó a comprender que ella no volvería, ni los paseos, ni las guerras de almohadas en las que siempre perdía. Ahora la tristeza era mucho más profunda. Su última carta permanecía desde entonces en el cajón, junto a la cajita de madera del joven turco. Fue esa noche de insomnio y soledad cuando más necesitaba la presencia de Beatriz. Quizá por ello necesitó volver a leer su carta y abrir la pequeña caja de madera (más que por confianza en ella por su simbolismo). Sin embargo fue a partir de esa noche cuando empezó a sentir que el único sentido que encontraba en su vida era conocer a aquel muchacho que (dondequiera que estuviese) seguiría ocupando un gran espacio en el corazón de Beatriz.

Sólo estuvo seguro de la presencia de esos duendes al tramitarse con éxito la burocracia adoptiva del muchacho. Cuando varios meses después volvió a leer la carta se lamentó por no poder devolverle la pierna pero se sintió muy orgulloso por saber que el joven volvería a tener padre e infancia.

-“Yo gusta comida. Tú buen cocina”
Era la primera vez que alguien alababa sus platos así que no pudo evitar la sonrisa.

-“¿Por qué tú amabas Beatriz?”
Esta vez consiguió evitar la sonrisa pero no la indiferencia.
Contestó rápido para salir del paso:

-“Porque cocinaba aun mejor que yo”
Al pequeño se le escapó una carcajada.

Tras la comida ambos encontraron en el sofá el lugar perfecto para una pequeña siesta. Al despertar el muchacho no estaba. Comprendió entonces que había estado soñando. Pero por un momento le invadió una gran duda. ¿En qué momento había comenzado a soñar?

Autor: Julián Arranz Sanz
Premio 1º de Prosa, Categoría C,

Cervantes 2005